

Capítulo

1

No puedo dormir. Cuántas veces se escucha esta frase; en mi consulta, sin ir más lejos. No puedo responder a mis pacientes que yo tampoco, pero sí lo incluyo aquí como apunte empírico a añadir en esta investigación o visión personal, que, junto a otros apuntes y seguimientos empíricos, además de un riguroso estudio, componen mi trabajo sobre la inactividad del sueño. La realidad, aquí en la tierra, es que muchas personas no duermen... Sin embargo, la propia concepción del mundo arrancó de un Sueño; esto, que podría ser una contrariedad, es la bisagra de mi investigación.

¿Qué ha ocurrido? Hoy, en la calle, los sueños se tienen de día, con los ojos abiertos. En la oscuridad no se sueña ya más, ni se descansa. No se descansa porque no se duerme; los ojos, entonces, siguen abiertos. Las aspiraciones del día se desinflan de noche, y en el momento en el que sobreviene esa suave contractura, todas las impaciencias de la jornada se acurrucan sin luz en nuestra mente, buscando consuelo, porque su regreso

al lecho ha sido con las manos vacías. Es como si una medusa inofensiva se instalara entre nuestros ojos y las sienes y allí en medio, sin mayor veneno que la calma, calmara su propia tristeza.

Así son los logros fallidos, las decepciones; pequeñas medusas sin veneno. Babas de gloria.

Entonces, todos los intentos sin resultados se convierten en rimbombancias nocturnas, como si fueran los mismos ecos de un cencerro vitoreando los sinsabores de la jornada. Esto es lo que les ocurre a las personas que no pueden dormir. Esto era lo que le ocurría a Salvador desde que le forzaron a prejubilarse y a decir adiós a lo que más quería, su trabajo como enfermero. Se acabaron las duras jornadas en el hospital y, con ellas, también las noches de merecido descanso.

La prejubilación y el insomnio llegaron a la vez.

Ahora tiene el tiempo y, por ello, detesta cada minuto que pasa aunque se levante temprano de mañana. Ahí está, ya pasea a su perro. Alguien ajeno a la escena se acerca. Es un coche camino de la rotonda lo que provoca que *Tusca*, el can, ladre. Eso tan sencillito, que ejemplifica la forma de las primeras conjugaciones de los verbos cuando se aprende español: «El perro ladra», eso, en cambio, hoy alteró al antiguo enfermero.

Había días en que Salvador filosofaba, y lo hacía, por ejemplo, mientras se le caía el agüilla del rocío en su misma nariz y tenía lugar el primer pis del perro de la mañana. En realidad, lo que hacía era quejarse del mundo con cualquier excusa con el fin de echar fuera tanta cosa doliente. Por ejemplo, se preguntaba por qué, cuando se estudia inglés, siempre el ejemplo a aprender era: *My tailor is rich*.

—Bastante es tener un sastre como para que encima ese sastre sea rico. *My tailor is rich*. ¡Hay que joderse! Luego, si es rico, trabaja por placer —continuaba pensando—, y los placeres son caros, de manera que si los quieres te haces con ellos, y, si no, vete a otro sastre que sea menos *rich* y jodeos los dos.

Según avanzaba con sus razonamientos se agrandaba la tormenta en su cabeza. Todo le enfadaba.

Cuando estudió inglés no pensaba en estas cosas pero ahora, prejubilado de un puesto de total responsabilidad en lo humano y en pleno rendimiento mental, se regodeaba con razonamientos insólitos, de esos que no interesan a nadie. Son los que se reservaba para el paseo por el bulevar de color verde camino de la rotonda en la que hacía pis su perro.

Vida perra le parecía hoy la suya. Nunca había tenido un traje a medida; ni siquiera le habían cogido el bajo del pantalón estándar en unos grandes almacenes... Él, hombre medio, no necesitó nunca un reajuste. La talla nacional era la suya, tanto en el armazón básico de la camisa como en el tiro del pantalón.

(Él intentaba hacer lo que su psiquiatra, que soy yo, le recomendaba, pero como no quiero figurar personalmente en la investigación, en lo sucesivo dejaré constancia sólo de mi nombre, Laura, como un personaje más. Necesito esa distancia que requiere siempre cualquier investigación que pretende ser sólida).

—¿Alguna vez le han hecho un traje a la medida?
—preguntó el antiguo enfermero en una de sus consultas semanales.

—Hemos de afrontar el futuro. Sinceramente, Salvador, ¿cree que esto es un motivo para quitarle el sueño?

Ponga en positivo su obsesión. Volvamos a lo que, básicamente, le preocupa, nos preocupa —enfaticó Laura—: Dejar de trabajar. ¿Cuándo empezó a dormir mal?

Los pensamientos del antiguo enfermero se fueron de su mente a un coche. No frenó.

—¡¡Animal!! ¡Pero puedes mirar un poco!

En Madrid, ante todo, hay que demostrar que tienes prisa, no vayan a pensar que eres un ocioso. Si caminas, corres. Si conduces, vuelas. Así eran las normas, también para las ciudades dormitorio.

Y si se muere tu perro, lloras. No fue el caso, porque *Tusca* reaccionó con mayor inteligencia de la que podría presuponerse en un animal de cuatro patas y un rabo, como ese al que ya acariciaba las orejas, cuando el asustado animal volvía a su lado.

—«El perro de mi abuela murió en la carretera»; esto es lo que aprenden por ahí fuera cuando hacen los ejercicios de español, *Tusca*... —hablaba suave Salvador—. Y nosotros a jodernos con los sastrecillos ajenos. Ni valientes, ni pollas. Ricos. Muchos *tailors, very rich*...

Se quedó aún pensando que el idioma propio ofrece la resistencia de las erres al hablar. Las erres del perro y las erres de la carretera; de ahí que hubiera que practicar. Eso es lo que diría si tuviera que plantear su pensamiento en positivo, pero en este día *perro* a las afueras de Madrid, Salvador, prejubilado de cincuenta y tres años, con un talento natural para el verbo, los números

y la lógica, amante de su trabajo ya inexistente, no lo quiso ver así y dio un puntapié a una piedra y descargó sobre ella la furia que le sobrevino con la llegada del primer sueldo de enfermero prejubilado.

Sólo estaba de mal humor con la gente sana. El resto era dulzura exquisita con sus enfermos, pero como ningún tribunal imaginario preguntó en ninguna ocasión a ningún enfermo, nunca supo nadie que, en realidad, lejos de ser lo que aparentaba, Salvador era un tipo dicharachero cuando hacía las rondas entre sus pacientes. Alegre. Así era él cuando caminaba entre las camas de su planta. Alegre, ocurrente, activo. Lo contrario que en su cama. En realidad, para los demás, para el resto de las personas sanas, o al menos, las no hospitalizadas, para los compañeros de Salvador y para el universo de todos los no tumbados del hospital, el enfermero era lo que se dice un ser abrumado.

Un día, cuando nada hacía presagiar la regulación de empleo en el hospital, un amigo le llegó a decir algo. Fue Luis, el *vigía* de la Unidad del Sueño.

—Lo que tú tienes es el síndrome de *burn out*, eres un enfermero quemado...

—¿Qué...?

—Lo leí en Internet. La enfermería es una de las profesiones más *quemantes* porque faltan las recompensas y el trabajador termina desmotivándose...

Sólo después de un buen rato, se escuchó:

—Tal vez.

Volaron imágenes en su cabeza al ritmo de una noche de urgencias y se vio corriendo entre pasillos despersonalizados, entre personas sin cara. Lo normal era encontrarse a veces sin tiempo para comer, o tomando

un café cuando tendría que dormir... Las caras sólo cobraban vida cuando visitaba ordenadamente los números de las habitaciones de su planta, en orden ascendente o descendente, y en ellas, los enfermos le saludaban con esa sonrisa de saberse afortunados porque era Salvador, y no otro, el que aparecía con el termómetro o las gasas. Su cara se llenaba de muecas de halago, y su boca desprendía esas palabras tranquilas y llenas de sol que sus enfermos querían oír.

—¡Buenos días...! ¿Qué tal hemos dormido hoy?

Se ponía en la piel de los magullados, de los enfermos, de los desahuciados; de los anhelantes de noticias, de buenas noticias...

—¡Hace un día precioso! —decía casi todos los días.

Sólo al abandonar el cuarto se asustaba al intuirse a sí mismo tan despersonalizado como veía las batas del resto de compañeros en el pasillo. Acababa de hablar de la última victoria del Real Madrid con el enfermo de la habitación 207, cuando, en fracción de segundos —esos que transcurren desde el momento que se acaricia sobre la manta el pie del enfermo en señal de despedida y se acciona el picaporte de la habitación para salir— tras la frontera de esos segundos... Era otro. Digamos que, en lugar de ser la persona que acababa de hablar con una sensibilidad y una sonrisa exquisita con un viejecito enfermo que pide un vaso de agua, o con un hincha desinflado del Madrid con ganas de charla, al otro lado de la puerta no quedaba ni rastro de su talante. Su cara sólo transmitía lo que le forzaba el lado oscuro de su mente, era como si para los demás, erróneamente, los enfermos

fueran esos seres pesados que tocaban el timbre una vez y otra más, fastidiándole el día...

Lo normal era que sus compañeros de planta, todo el personal sanitario, los médicos, el resto de enfermeros, los celadores, también el personal de la limpieza, esto es, sus compañeros de vida en el hospital, hombres y mujeres, no se extrañaran ya al verle con ese agrio rictus, más que facial, corporal. A veces, hasta el picaporte cerraba la habitación con un golpe más seco de lo habitual, pero los enfermos sólo pensaban que sería un hecho fortuito, aislado, dentro de ese magnífico día primaveral del que les había hablado Salvador. Incluso, alguno se reconfortaba pensando que la puerta se cerraba sola, igual que ocurría con el portalón de la casa del pueblo cuando venían las tardes de viento... Tal era el buen ánimo que les quedaba en el alma. Más de uno soñaba con los portazos del pasado, ya fueran debidos a los enfados, al trajín de la gente, a mil corrientes del ayer, siempre activo frente a ese paso inerte del tiempo en el recinto hospitalario, sin nubes, sin aire natural, sin viento, ni desaires ni prisas...

Sólo les quedaba el sol de regalo. La luz que les traía Salvador.

Oscuro Salvador. Dos versiones de un mismo ser. Escondidas la una de la otra. Lamentablemente para él, y afortunadamente para sus enfermos, la cara amable era para los demás. La amargura se quedaba con él, atrapada en su estómago y en el reflejo de los comentarios de los que le veían caminar por los pasillos, siempre cabizbajo entre las camillas.

Mentalmente su energía estaba carcomida porque al otro lado de la puerta de las habitaciones su vida era...

inexistente. Ni él mismo lo sabía. Si no salía al cine ni se refugiaba con la música en las pocas horas lúcidas de descanso en su casa era porque estaba escurrido entre los muelles de su propio sofá. Después, la rutina. Fruta, cervezas, jamón, un vídeo porno, poca cosa.

A todo ello había que añadir su visita a Laura, su psiquiatra desde que comenzó a ser insomne, y a quien, además, otorgó el permiso para utilizar como quisiera el contenido de sus consultas en la redacción de su tesis doctoral sobre el sueño y sus desvelos.

Una vida, como siempre ocurre, conecta con otras vidas. Nada podía hacer pensar entonces que a Salvador la suya le estuviera deparando sorpresas detrás de un caleidoscopio de brillantes colores. Pero aún faltaba para aquello cuando el enfermero apenas había comenzado a tratar su insomnio y el arranque de lo que parecía ser una ligera depresión con su psiquiatra.

—Hay una concavidad en nuestro cuerpo, estoy seguro, aunque no sé dónde se encuentra, pero sí...

Se quedaba mirando Salvador al techo de la consulta mientras hablaba en alto. Esto empezó a ocurrir cuando se volvió más hablador y, en lugar de una vez a la semana, se estipuló que la cita con la psiquiatra se extendiera a dos, algo que iba dando buenos resultados aunque quizá era pronto para adivinar la causa. No se sabía si podría ser debido a un efecto causal de carácter profesional o a la sencilla consecuencia de que el recién prejubilado tuviera otro día ocupado en la semana. En cualquier caso, la evolución le trajo a Salvador lo que su psiquiatra denominaba irónicamente días líricos, consecuencia, tal vez, de la calma temporal de sus desaires.

—Hay una concavidad —continuó explicando— así, como la palma de nuestra mano, ligeramente cerrada, como cuando queremos retener un poco del agua de la fuente... —Se incorporó ligeramente del diván hacia la derecha buscando a su terapeuta para mostrarle su mano izquierda en posición de media luna, e incluso mostró la otra mano también, apoyándose para ello en difícil equilibrio sobre el codo derecho. Dos manos en media luna, daba igual, creciente o decreciente. Salvador quería cerciorarse de que otros ojos a la escucha seguían la imagen de lo que trataba de decir—. El agua cae a chorros pero en las manos sólo permanece un poco, lo que seamos capaces de retener...

Habló de esas gotas que sobreviven en las palmas cóncavas de las manos. Él pensaba que algo así, bien protegido, estaba en alguna parte de nuestro cuerpo.

—En esa concavidad no pasan los años, se mantienen frescos los recuerdos de las cosas que nos han ocurrido por primera vez... El primer beso, el primer trabajo, la primera gloria, la primera decepción, el primer sueldo, la primera bofetada, la primera erección... La primera vez que vas al cine de noche, el primer poema, la primera declaración de amor... El primer muerto que se clavó ante tus ojos, el primer día de colegio, el primer suspenso, el primer baile...

—Muchas cosas caben en esa mano medio cerrada —intentó ir acotando Laura, su psiquiatra.

—No, eso es sólo la apariencia; la concavidad puede ser grande, con temperatura constante para que no se alteren los recuerdos, siempre fresca. Y sin desarrollo lineal... Por ejemplo, no está mejor dibujado el primer palmeo de un jefe que el primer reconocimiento de una profesora

delante de los compañeros de clase aclamando lo bien que has estudiado los ríos de España y sus afluentes.

—¿Y qué está más nítido, el primer sueldo (*en activo*, quiso decir su terapeuta, pero lo obvió) o ese otro primer sueldo que te regala la existencia después de toda una vida laboral...?

Era rápido comprendiendo Salvador; no sólo el verbo era fluido, también su capacidad para atisbar los cambios de dirección que intentaba su interlocutora. Con la misma seguridad le respondió:

—No hay ninguno de estos días de hombre castrado, o prejubilado, como quiera. Ninguno de estos días apartados de mi trabajo merecería entrar ahí. Ni aunque visitara la cueva de mis recuerdos dentro de quince años, estos días de rabia no estarían ahí, compartiendo las flores y desavenencias de mi vida.

—Flores y desavenencias, así ha dicho. Lo tremendo hoy no es tan trágico mañana. Piense, ¿qué hará con su sueldo?

—Regalar tiempo. Pagaría por comprar un poco de estrés ajeno. —Volvió a incorporarse.

Fue al recostarse de nuevo cuando intentó hablar de lo que hizo con su primer sueldo...

—Recuerdo que era poco, pero me dio para comprar un equipo de música...

—Salvador —atajó Laura—, ¿no tiene ya suficiente estrés de ese que quiere comprar? Dígame otra cosa que haría con su dinero.

—Compraría tiempo de sueño, para dormir. —Se quedó pensativo—. Y regalaría tiempo de día para soñar... Me sobra, no tengo tantos sueños con los que ocupar el día y, sin embargo, todos desaparecen de noche...

—Insomnio, Salvador. Depresión. ¿Estamos de acuerdo?

—Las definiciones no ayudan a solucionar los problemas.

—Pero estar de acuerdo en que existe un problema nos ayudará a buscar la luz.

La luz. La odiaba de noche, la anhelaba de día. Pero eso ya no lo dijo, no aportaría más datos a la psiquiatra, quien ya miraba el reloj. Se acabó la conversación para él. La primera cita del día para ella, después enlazaría con la siguiente mientras él se pondría las gafas de sol para tapar las ojeras y unos ojos sin luz. A sus cincuenta y tres años, Salvador guardaba con recelo esa distinción que le hacía... distinto. Se dijeron adiós, hasta el martes. Y así fue.